



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LA MOVIDA JUVENIL EN EL HORIZONTE DE LOS 90



D. Aquilino Polaino-Lorente
Catedrático de psicopatología
(Universidad Complutense. Madrid)

- Significado del término "movida"
- Indicadores sociológicos
- De si la "movida" es un movimiento
- Consecuencias de la "movida"
- Tres definiciones de universitario
- La "movida" en el horizonte del fin del siglo XX

- SIGNIFICADO DEL TERMINO "MOVIDA"

La palabra "movida" es un término que puede parecernos de reciente creación, al menos en su uso generalizado tal y como hoy se emplea. Y, sin embargo, no es así, pues antes de emplearse en España allá por 1960, se había puesto ya de moda en EE.UU., hace ahora algo más de cincuenta años.

Ciertamente, entonces se empleó de forma muy restringida, limitándose a sólo ese simpático sector minoritario y castizo que es el "chuleta" madrileño para, sin mayor relevancia ni prolongación, desaparecer muy pronto el empleo de este concepto.

Pero he aquí que, en la década de los ochenta, es nombrado y puesto sobre el tapete el viejo término de la "movida". Y no tanto por los jóvenes como por los políticos, que forzosamente hacen de él el banderín de enganche de una supuesta promoción cultural de la juventud.

Un antiguo alcalde en Madrid intentó apropiarse el término de la "movida", vinculándolo a las supuestas actividades culturales que se organizaban por entonces en aquella villa. Sin embargo, tal intento no prosperó. Y ello es muy posible que se debiera a su equivocado diseño inicial, ya que bajo las apariencias de "lo cultural" -ahora recalificado con el término de la "movida"- se seguían despachando actividades más propicias al consumo de alcohol y drogas por la gente joven que algo que tuviese un contenido estrictamente cultural.

Pero la gente joven -por su natural sinceridad- no aceptó del todo el nuevo uso del término que se les proponía, por lo que el concepto de "movida" se reservó para designar lo que inicialmente le hicieron significar sus valedores políticos: un lugar donde se baila, se oye música, se bebe, se... y, sobre todo, se encuentra uno con un gran público entre los que, lógicamente, no suelen faltar los que tienen muy corta edad. La recuperación del viejo término por el reciente movimiento promovido por los políticos instaura e impone a este concepto una nueva e inevitable significación, completamente innovadora respecto de lo que antes había representado.

Por eso, aunque inicialmente se trató de vender como algo cultural -como la cultura juvenil organizada desde arriba y promovida por los Ayuntamientos-, en la actualidad este significado no tiene vigencia alguna, tal y como la frecuencia de su uso, después, lo ha configurado.

Tal intento sirvió, en cambio, para que este concepto llegara a los padres de familia, generalizándose así todavía más. En efecto, los padres que anhelaban poder decir aquéllo de: "¡Qué bueno que nuestros hijos se formen culturalmente y, además, que no nos cueste un duro! ¡Esto es maravilloso!",

recibieron este movimiento como algo estupendo, contribuyendo ellos mismos a poner de moda esta expresión, pero muy pronto cambiarían de opinión, acaso para, un poco más adelante, volver otra vez a cambiar de actitud.

Así es como emerge en Madrid -eclosiona más que emerge, diría yo, porque aquello fue desde el principio como una gran explosión, dada la pujanza y el fervor con que fue propagado y acogido- el tema de la "movida".

- INDICADORES SOCIOLOGICOS

Si tuviera que resumir las notas que caracterizan la aparición de la "movida" en esta su última edición, me remitiría a los siguientes indicadores sociológicos que con tanto realismo la describen y tipifican:

1.) Implantación progresivamente creciente de locales, que ya se habían puesto de moda en la década anterior, como pubs, clubs del disco, discotecas, etc., donde la gente joven queda para citarse, encontrarse y reunirse. Estos establecimientos se multiplicarán vertiginosamente en muy pocos años.

2.) Aparición de una nueva moda juvenil, consistente en un vertiginoso cambio horario, especialmente en lo que a la diversión se refiere. Ahora no se suele salir para encontrarse con los amigos hasta después de las nueve o diez de la noche pues, según dicen, antes de esa hora no se encuentra a nadie en la calle. Años anteriores la costumbre era exactamente la contraria, porque después de las diez de la noche, qué iba uno a hacer fuera de casa si ya no había nadie en la calle.

Inicialmente, los padres no aceptan bien esta nueva costumbre, por lo que comienzan a protestar contra esto de la "movida". La protesta no está causada sólo porque tanto ruido irrite su delicada sensibilidad, sino porque desorganiza el horario por el que se rige la familia entera. Un paso más -ante la tozudez de los partidarios de la "movida"- y la sensibilidad de los padres se transformará en irritabilidad y conflicto, sobre todo a causa de estar esperando hasta ciertas horas de la madrugada, con una cierta intranquilidad y sin poder irse a dormir, hasta que la/el hijo regrese a casa, después de tanta estúpida fiesta.

A partir de aquí, un conflicto sucederá a otro -especialmente durante las vacaciones de verano, en que la reciente costumbre de la "movida" se practica a diario-, hasta autoconstituirse este tema en la fuente principal y casi obligatoria de la permanente desavenencia entre padres e hijos, a pesar de lo cual el hijo o la hija "todos los días se va a las once de la noche y a las cinco de la mañana, todavía no ha vuelto".

Mientras que la niña trasnocha y deambula sobre el asfalto madrileño, el padre y la madre hacen guardia en el pasillo de su casa, hasta que aquélla llega, casi nunca antes de las cinco de la mañana.

3.) Otro indicador sociológico es que empiezan a florecer, como en los tiempos románticos del Madrid decimonónico, los puestos de bebidas, los "chiringuitos", las terrazas, etc., por rincones, paseos y bulevares. La Castellana constituye un lugar relevante para el asentamiento de la nueva "industria", a juzgar por los numerosos establecimientos cuya cuenta de resultados es excelente y no hace sino crecer durante las noches estivales. Este proceso ha continuado expandiéndose, hasta el punto de constituir una manifestación más -según informan los expertos- del calentamiento actual de la economía.

4.) Sin embargo los jóvenes que frecuentan la "movida" no responden -no saben o no contestan-, cuando se les pregunta acerca del por qué de su comportamiento. Observen el diálogo que, parcialmente inspirado y tomado de la realidad, se transcribe a continuación:

- "Y tú, ¿a qué vas a la "movida"?"

- "Pues... a estar con la gente, a pasarlo bien".

- ¿Pero, a qué llamas pasártelo bien? ¿Qué haces, cómo te lo "montas" para pasártelo bien? ¿Sabes tú lo que vas a hacer esta noche en la "movida", para pasártelo bien?"

- "Hombre, saberlo, saberlo... lo que se dice saberlo, no lo sé".

- "Pero, entonces ¿cómo sabes que te lo pasarás bien? ¿Tienes alguna garantía de que lo vas a pasar bien?"

- "Bueno, garantía, la verdad, es que tampoco tengo ninguna; pero nadie la tiene. Tampoco la tienen los que no van a la "movida".

- "Pero, entonces tú ¿a qué vas?"

- ¡Uff!...

Nadie está seguro de que es lo que hoy motiva a muchas personas a ir a la "movida". Algunos piensan que no es nada en concreto -como se desprende del anterior diálogo- lo que justifica este tipo de nuevas costumbres. Por eso, otros sugieren que tal vez sea una consecuencia del impulso o tendencia gregaria que todo hombre tiene, que en este caso se concreta en la necesidad de pertenecer a un grupo, de ser aceptado por la propia pandilla.

Esta última motivación es más difícil de confesar verbalmente -al menos, nadie afirma que sale porque tiene necesidad de que sus amigos le acepten-, pero no por ello es menos universal y necesaria.

Esto es lo que puede concluirse de algunas de las razones que otros adolescentes nos dan -cuando les cercamos a preguntas-, contestándonos con respuestas como "por estar con la gente", "porque tenía necesidad de ver a mis amigos", etc.

En el fondo, nos estamos refiriendo aquí a la necesidad que todo hombre tiene -como animal social que es- de inscribirse y ser aceptado socialmente por sus compañeros y amigos; a la necesidad que todos tenemos -lo confesemos o no- de formar parte de un grupo o comunidad llámese ésta familia, pandilla, etc...

La satisfacción de esta necesidad es muy importante, más especialmente para las chicas, quienes por tradición y educación son más vulnerables que los chicos al hecho de tener o no éxito social, es decir, el hecho de tener éxito y ser relevantes para las personas que forman parte de un determinado grupo.

Tanto es así, que si una chica no es aceptada por el grupo de pertenencia o no es considerada en algún aspecto como relevante, se sentirá definitivamente como la persona más desgraciada de su generación: como la chica que por esta especial y baladí circunstancia ya no tiene nada que hacer en este mundo.

En un lenguaje más familiar y doméstico, a una chica así lo que le sucede es precisamente lo contrario de lo que suelen decir las madres cuando quieren celebrar a la hija de otra amiga:

-¡Ah! no, tu hija era una chica maravillosa, era una mujer... de llamar la atención, que llamaba la atención por dondequiera que fuera".

Con esto ya está dicho todo. Eso es una chica con éxito: una persona que es capaz de "llamar la atención", de hacer que los otros y las otras fijen en ella su atención, es decir, una persona capaz de manifestarse como un alguien que destaca en algo, por lo que atrae la atención de quienes le rodean. A eso se va también a la "movida": a llamar la atención, a decir a los amigos que aquí estoy yo.

No se piense que tal motivación es más bien extraña e infrecuente. En absoluto lo es. Por el contrario, es muy frecuente, tal y como lo confirman los propios jóvenes. A este propósito, recuerdo a una chica que me decía en la consulta recientemente:

- "Oiga doctor, la cosa está muy difícil ¿eh? Mire usted que se lo digo yo, que lo se muy bien, que todo está muy difícil...; porque todos los hombres son iguales, todos los hombres siempre quieren lo mismo y además rápidamente. Y, claro... esto no puede ser..."

- "No será para tanto..." , le dije, con ánimo de tranquilizarla.

- "Que sí, que sí, que ahora la cosa está muy difícil..., que le digo a usted lo que a mi madre, que una hace todo lo que puede por ver y dejarse ver, pero al final como si nada..., que no consigo nada".

He aquí la definición dada por una chica de lo que motiva, en última instancia, el frecuentamiento de la "movida": ver y dejarse ver. Pero ver y dejarse ver, ¿para qué? Para atraer la atención, para encontrar compañía, para relacionarse, para formar parte de ese tejido que es la sociedad y al que naturalmente todos necesitamos incorporar para acabar de ser quienes somos, en una palabra, esta chica iba a la "movida" para amar y ser amada. ¿Saben cómo se le llama a esta motivación en la psicología moderna? La deseabilidad social, la validez social, en una palabra, algo así como el prestigio social. Eso es todo.

¿A qué se va a la "movida"? A dejarse ver. Pero en la "movida", ¿puede verse a alguien? No, porque allí está todo a oscuras y el rayo laser que pasa muy de tarde en tarde, con su agónico parpadeo luminoso, apenas si permite descubrir la cara del/a interlocutor/a con el/la que estamos tratando de hablar.

Eso sí, si tienes un poco de mala suerte, hasta es posible que te acierten con el rayo láser -que te entra hasta la retina y te deja medio ciego y deslumbrado hasta la siguiente pasada, en que acaso una vez más te tome desprevenido y vuelva a hacer diana en tus ojos.- De aquí que, en muchos de los lugares donde acontece la "movida", uno no ve y además, no se deje ver, que era uno de los más importantes propósitos a conseguir por quienes la frecuentan.

5.) Por último, hay otro indicador de cómo ha evolucionado la "movida". Me refiero ahora a los padres. Aquellos padres que en 1985, se ponían al borde de un ataque de nervios -¡no miento!-, cuando su hijo o su hija decía de salir de "movida" (porque eso implicaba para ellos el que se quedarán hasta las cuatro de la mañana, esperando que el hijo viniera, y mucho más angustiados si quien había salido era la hija), hoy, paradójicamente, ha desaparecido, porque la mayoría de estos padres han acabado por imitar la conducta de sus hijos, aquella conducta que apenas dos años atrás tanto criticaban.

Hace cinco años había muchas madres que decían:

- "No, yo tengo que esperar a mi hija porque las cosas están muy mal. Y ¡ay! si un día mi hija viniera con el globo..." , mientras señalaban cerrando con ambas manos el supuesto abultamiento de su propio vientre, reproduciendo así el abultamiento típico del embarazo.

¡Como si el esperar hasta las cuatro de la mañana, fuera un remedio

eficaz que ciertamente impidiera el embarazo de la hija! Se olvidaban de que era por la educación, por la formación y el buen ejemplo por donde tenían que haber empezado esa campaña preventiva que ahora el miedo se propone sacudirse.

Sea como fuere, el hecho es que los padres de entonces se quedaban esperando a sus hijos hasta las cuatro de la mañana. Del 85 al 90 ha sucedido otras cosa: aquellos padres que se enfadaban tanto por esperar hasta las cuatro de la mañana, ahora, en el 90, son ellos los que no vuelven hasta después de las cuatro de la mañana; es decir, los padres han imitado el comportamiento que otrora ellos calificaban como incongruente en sus respectivos hijos.

Y esto es lo que a mí me parece que no se sostiene en pie, que está mal fundamentado, que es contradictorio y desmotivador para los propios hijos. Porque, además, como esos padres ya tienen mi edad, una cierta edad -esa en la que a los hombres se nos califica de "interesantes" y a las mujeres de "fondonas"-, es lógico que tampoco se muevan. Ciertamente, que también están en la "movida", pero están allí "repachingados" e inmóviles como un mueble y, ciertamente, que eso ni mueve ni ellos mismos se mueven.

Cualquiera que sea la actitud adoptada por los padres, el hecho es que en la actualidad muchos de ellos salen de "movida" tanto o más que sus respectivos hijos, especialmente durante los meses de vacaciones, legitimando incluso su comportamiento con la afirmación de que "es mejor estar con los hijos aunque sea un lugar nefasto que no dejarles solos durante todas las noches del verano". Pero después de este paternal ejercicio tan sacrificado, a la vuelta al trabajo, los padres no podrán aguantar esa "marcha", por lo que, como es lógico, abandonarán la transitoria costumbre juvenil que habían adoptado. Todo esto, lógicamente, tiene también un coste social, en cuyo análisis no voy a entrar ahora. Así que, dejémoslo aquí apuntado, si les parece, y tratemos de explicar en qué consiste la "movida", qué tipo de movimiento es el que la anima y le hace tomar el nombre con que hoy se le conoce.

- DE SI LA "MOVIDA" ES UN MOVIMIENTO Y DE QUE TIPO DE MOVIMIENTO SE TRATA

Tratemos ahora de estudiar si la "movida" es o no un movimiento y, en caso de que fuera, de qué tipo de movimiento se trata. Aquí hemos de estudiar también una cuestión especialmente relevante: si las personas que están en la "movida", realmente se mueven.

Este problema me parece interesantísimo porque a pesar de su vigencia

y actualidad contiene los elementos imprescindibles como para incluirse en un tema clásico de antropología.

¿Hay movimiento en la movida? ¿De qué movimiento se trata? Estas son las preguntas radicales que es preciso que nos hagamos. Si leemos a los filósofos de hace veinticuatro siglos, nos encontramos con que decían que había muchos tipos de movimiento, cosa que según parece es verdad.

El movimiento más importante es el que pudiéramos titular con el término de *automoción*, es decir, aquel movimiento que todos los seres vivos tienen y gracias al cual se muevan a sí mismos sin que sean movidos por otros. Cualquier ser vivo que consideremos, observaremos de inmediato que se mueve a sí mismo. El bebé se mueve a sí mismo. Ya en la cuna está pataleando y, más tarde, cuando es un poco mayorcito, continúa moviéndose hasta el punto que ¡la puede organizar...! Algo parecido a este tipo de movimiento acontece en cualquier animal que observemos con suficiente detenimiento. Por lo que aquí habrá que concluir que el ser vivo, en efecto, se mueve a sí mismo.

Pero hay un tipo de movimiento que es mucho más importante que el anterior, que es el movimiento psíquico. Me refiero, claro está, al movimiento intencional, cognoscitivo y volitivo, al movimiento que significa conocer y querer. Y ese movimiento solamente le es dado al hombre. Es, además, el movimiento más perfecto, porque apenas si gasta energía (no gasta glucosa, ni consume oxígeno) o tiempo y apenas si necesita del espacio y, sin embargo, es lo que hace que el hombre sea hombre.

Un hombre que conozca la verdad, un hombre que se mueva por ella, en el modo en que se conduce manifiesta de algún modo la suprema racionalidad de la vida humana. Ningún animal se mueve por la verdad, el hombre sí. Y un hombre que quiera el bien, que se determine por él, desvela también la raíz y el término de un movimiento supremo.

En eso consiste el mayor de todos los movimientos: en moverse por sí mismo, sin ser movido por otro, hacia una propuesta de fines que se hace cada uno a sí mismo. Yo quiero el bien, o quiero conocer la verdad, o quiero querer el bien y entonces si quiero querer el bien y busco conocer la verdad, pues me muevo aquí donde supongo que está la verdad, o allá donde supongo que está el bien. Y con mis indagaciones acabo por hacerme uno con la verdad y como la verdad es el supremo valor -la mentira no es valor-, entonces, yo me enriquezco y me hago yo mismo verdadero. Cuando yo conozco la verdad yo me hago verdadero, y cuando yo quiero el bien yo me hago bueno.

Este es el movimiento por excelencia, el moverse "a tope", que dirían los

chavales. Por lo tanto, si tuviera aquí un quinceañero a la vista, yo le invitaría con estas u otras palabras: "Oye, 'tío', ¿vamos a por la verdad 'a tope'?" Y seguro que el adolescente entendería el tipo de movimiento o de "movida" al que le estoy invitando con esas palabras, porque esa forma de automoción, ese automovimiento solamente le ha sido dado a la persona libre, al animal irracional y determinado en su conducta, no.

Un animal, que no sea el hombre, no puede conocer la verdad, porque su naturaleza no está preparada para ello, porque está en un estado de indigencia y de necesidad tal que es incompatible con esa función, porque es impotente por naturaleza para satisfacer esa posibilidad.

Por consiguiente, esta propiedad del *supremo movimiento* sólo acontece en las personas libres y racionales. Pues bien, este movimiento que acabo de describir no es el que caracteriza a la "movida" y he de concluir que en la "movida" no se da.

Pero hay otros muchos diferentes tipos de movimiento, menos perfectos que este al que acabo de aludir, en los seres vivos. Vayamos descendiendo por ellos. Dicho en un lenguaje más de nuestra época, otras posibilidades de movimiento son las que denominamos con verbos como arrastrar, atraer, empujar, etc., que, lógicamente, designan movimientos distintos al anterior.

Así, por ejemplo, para *arrastrar* hay que ir por delante; para *empujar*, en cambio, hay que situarse detrás; para atraer hay que tener una cierta fuerza de atracción, es decir, hay que motivar y hacer vibrar a alguien con algo; etc. Como puede observarse hay muchos y diversos tipos de movimiento.

En la "movida" no se dan algunos de esos movimientos; más concretamente, no se da ni el de atraer ni el de arrastrar. Sí se da, en cambio, el de empujar.

Para *atraer* he dicho que hay que tener ese "pedigree", esa cosa que hace vibrar, que sugestiona o que cautiva, o que suscita, o que apasiona, pero en ningún contexto en donde se da la "movida", acontece esto. ¿Ustedes creen que en los pequeños futbolines o en las mesas de billar que hay durante el verano en el Paseo de la Castellana, en los "chiringuitos", se da esa burbuja chispeante y vibratoria que es la atracción, que impele a uno a dejar su indiferencia y a vibrar, a ponerse en marcha? ¿Consideran que en esos lugares aparece algún bien, alguna verdad que motivando su conducta intelectual e intencionalmente hacia la conquista o adquisición de ese valor supremo, de ese bien difícil de alcanzar, el cliente de la "movida" abandone su pereza y se ponga en marcha?

No, en los kioskos y terrazas frecuentados por los clientes de la "movi-

da", no se dan las circunstancias que caracterizan al movimiento que conocemos con el término de atracción.

Tampoco se da el de arrastrar. Es éste un movimiento diferente al anterior. Una frase tópica que, por ejemplo, lo describe bien es la siguiente: "El capitán, al frente de sus soldados, los arrastró hacia la victoria".

Ahí reside y se asienta el valor del arrastre: ¡En ir delante hacia la conquista de algo valioso como la verdad o el bien! El que arrastra a los otros va siempre delante de ellos. Y va delante de ellos en una acción que comporta un cierto riesgo; va delante jugándose todo; va el primero desafiando el reto de lo desconocido.

¿Creen ustedes que hay líderes juveniles en la "movida" que vayan por delante de sus compañeros y amigos en una tarea tan difícil y arriesgada como el apresamiento de los valores supremos? ¿Podemos encontrar en la "movida" a esos líderes juveniles con capacidad personal de arrastrar a otros? ¿Realizan acaso en sí mismos los valores a los que quieren arrastrar a sus amigos? En mi opinión, este tipo de movimiento tampoco es el que se da en la "movida".

¿Qué tipo de movimiento es el que acontece y caracteriza a la "movida"? El movimiento que mejor la manifiesta y expresa es el del *empujón*. El empujón -o, mejor, los empujones- es algo ancestral en nuestro país, especialmente en aquellas situaciones en donde hay mucho gentío, en las aglomeraciones, en una palabra, en donde se congregan azacanados multitudes de hombres-masa. En esas situaciones uno ya sabe previamente que va a ser empujado, claro, porque hay mucha gente, y casi voluntariamente autoriza que le suceda aquello.

En esas circunstancias uno empuja, otro se revuelve crispado hacia el lugar desde donde le empujaron, un tercero se deja, simplemente, empujar, etc. y, antes o después, todos o casi todos acaban sudorosos, irritados y, sobre todo, en el lugar donde muy probablemente no querrían estar.

Muchas personas se vuelven irritadas y airadas porque no quieren ser hombres-masa sino personas, porque los empujones molestan, porque el que a uno le echen hacia un lado al que no quiere ir constituye una imposición intolerable, ya que a esa persona no solamente no se le permite automoverse o estarse parada, sino que es movido por otro (a quien no conoce) y en una dirección (que su voluntad no quiere). Es decir, a través de ese movimiento no sólo no está alcanzando el valor que se proponía, sino que se le está hurtando el valor de los valores: el de la libertad para conducirse a sí mismo como le venga en gana. Por todo esto en el ámbito del empujón se da lo que constituye un cierto comportamiento tiránico.

Si estando en la calle me siento empujado, zarandeado de uno a otro lugar y me vuelvo para preguntar: ¿Quién me empuja?, me encontraré con la sorpresa de que no hay nadie que me empuje, porque nadie da la cara, nadie sabe o contesta, nadie se siente interpelado por mi pregunta. Y si vuelvo a formularla, "¿quién me ha empujado?", alguien me contestará: "Pero, ¿no ve usted cómo estamos? Si es que estamos como piojos en costura, ¿cómo vamos a saber quien le ha empujado a usted?". En una circunstancia como la que acabo de describir nada adelantamos con hacer esas preguntas.

- ¿Hacia dónde vamos cuando nos empujan?

- No lo sabemos.

- ¿Se puede predecir en qué dirección vamos a ir?

- En modo alguno.

- ¿Se puede decir que el movimiento del empujón es intencionado? ¿Se puede afirmar que cada una de las personas que es empujada alcanza el propósito que se hizo o satisface la intención que se proponía, a través de ser movido por otro?

- Pues, tampoco.

Eso es, exactamente, en mi opinión, lo que ocurre en la "movida". Una chica a las once de la noche, un viernes, cuando sale de "movida", ni sabe ni puede predecir que va a ocurrir durante la noche. Esa chica no ha hecho un programa de lo que desea, tampoco tiene una intención concreta de lo que quiere, ni ha llegado a formular un proyecto que le satisfaga realizar.

Por eso tampoco sabe si tomará cinco "whiskys", diez "kubatas" o quizás nada, o tal vez sólo un zumo de limón. No sabe si probará el "porro" del viejo compañero y colega y, sin embargo, amigo, que se sienta a su lado o no probará ni un cigarrillo negro. No sabe si acabará en el nido del listillo de turno, o si acabará tomándose una paella, a las siete de la mañana, en un restaurante a la salida de Madrid.

La "movida" es así de imprevisible y lo típico de ella es que puede acabar de cualquier manera o incluso no acabar. Eso es así de sencillo: Basta con que en el fragor de la noche, a las seis de la mañana, digan los amigos:

- "Oye tía, ¿por qué no te animas y nos vamos a Navacerrada?"

- "Ah, no tío, que estoy muy cansada y..."

- "No seas tonta, que la noche es joven y, además, ¿qué vas a hacer tú, si no te vienes con nosotros?... Mañana ya te acostarás".

Y esa chica acabará donde no quería ir. Esa chica acabará en Navacerra-

da tomando una paella horrible, que además esta quemada, a las ocho de la mañana del día siguiente.

No estoy hablando de memoria, sino de cosas que conozco muy bien. Hacía tres años que no estudiaba la "movida", cuando el verano pasado realicé un nuevo estudio, un nuevo estudio de campo. Para ello me serví de dos amigos míos veinteañeros -yo tengo muchos amigos de todas las edades, especialmente de 18 a 20 años, pero cuarentones y de más edad, muy pocos, porque me aburren con las "serias" vulgaridades y casi estupideces, que me cuentan-, que tuvieron la amabilidad y delicadeza de acompañarme en mis itinerarios en busca de la "movida", muchos de los cuales fueron elegidos y seleccionados por ellos.

Mis amigos veinteañeros me condujeron a los locales donde más bulle -tanto que crepita y barbotea- la actual "movida" madrileña. He de decir que la primera etapa, la primera jornada durante este estudio de campo, me porté muy bien porque aguanté hasta las ocho y cuarto de la mañana, a pesar de mis cuarenta y tantos años. Toda la noche estuve estudiando en su compañía; claro que al día siguiente, todo el día estuve medio dormido.

En la segunda etapa de este estudio de campo, que también hice en Madrid con estos dos amigos míos, me porté muy mal, porque a las cuatro menos cuarto dije que mi "body" ya no "funcionaba" más, por lo que, entonces me dije a mí mismo: "Tranqui, tranqui, vete a la cama que este "rollo" no te "mola" ni es "guay" para tu edad".

He estudiado la "movida" también en Vigo y en La Coruña, en Santander y en Oviedo, y en otras ciudades. Y he comprobado que en todas partes es igual.

La principal conclusión a que he llegado en mis investigaciones es que en la "movida" no acontece ningún movimiento; que la "movida" es paralítica. Desde el punto de vista de la racionalidad, desde la perspectiva cognoscitiva y del querer humano, la "movida" se muestra como algo asfixiante, paralítico e inmóvil.

Es decir, que hemos llegado a inventar una paradoja repleta de contradicciones: la "movida" inmóvil. Pero en esta paradoja muchos quedan cautivos, mientras otros tienen pingües ganancias.

¿Quiénes han hecho fortuna a cuenta de la "movida"? ¿Los jóvenes? No, los jóvenes son los cautivos y explotados. ¿Creen ustedes que es justo que un botellín de cerveza cueste en la "movida" a un diociochoañero 500 pesetas? En mi opinión eso es una explotación vil.

¿Saben ustedes quienes han sido los que han montado esos "chiringuitos"? Personas que tienen mi edad, que fuimos precisamente los que hicimos el mayo del 68 y, a lo que parece, continuamos siendo los que seguimos estando en la cresta de la ola. Los que antes fueron revolucionarios en contra del capitalismo, se han convertido hoy en sus discípulos más aventajados.



Esa fue una generación que tuvo mucho genio y que lo sigue aún teniendo. Pero esas personas más vitales de las anteriores generaciones son las

que patrocinan y estimulan este movimiento cautivo de la "movida" por el que tienen maniatados económicamente a los jóvenes y, a través de ellos, a sus padres.

Convengamos, pues, en lo que sigue: desde el punto de vista del querer humano, la "movida" no mueve sino esclaviza, porque le conduce a uno a donde no quiere ir; desde el punto de vista del conocimiento intelectual, en la "movida" ni se enseña ni se aprende nada, porque todo está montado sobre la mentira y de espaldas a la libertad personal; y desde el punto de vista de la solvencia económica, incluso del consumo hedonista, la "movida" tampoco enriquece porque se apodera del bolsillo de los jóvenes.

De aquí que considere fundada mi conclusión; lo que conocemos como "movida" no es otra cosa que un pseudomovimiento, él mismo paralítico e inmóvil, que no atrae porque ni mueve la voluntad ni ilumina la inteligencia, y que empuja a la gente joven a donde no quiere ir, al paso que a algunos les vacía sus modestos bolsillos.

- CONSECUENCIAS DE LA "MOVIDA"

Una vez que hemos estudiado el supuesto movimiento que caracteriza a la "movida", parece conveniente que analicemos ahora algunas de sus consecuencias más importantes. ¿Qué consecuencias psicológicas, psicopatológicas y pedagógicas genera la "movida"? Hay muchas e importantes consecuencias -acaso demasiadas- que todavía hoy se ignoran, precisamente por haberlas tomado un poco a risa.

Para estudiar de un modo realista cuáles son las consecuencias generadas por la "movida" bastaría con diseñar un estudio experimental con los padres de estos jóvenes. Si se les sometiera a las mismas condiciones a que sus hijos se someten cada verano, tratando de reproducir en ellos lo que ocurre en la "movida", es muy posible que esos padres en vez de reír acabarían llorando.

Supongamos que a una persona cualquiera de cuarenta años de edad, que no padezca ninguna enfermedad -es decir, a cualquiera de ustedes- se le somete de repente a un cambio horario, es decir, se le prohíbe dormir antes de las ocho de la mañana y se le aconseja que se levante a las tres de la tarde. Simultáneamente se estudia lo que sucede bajo esas condiciones en su corteza cerebral a través por ejemplo, de la cartografía cerebral.

Seguro que empezaremos a observar cómo comienzan a aparecer artefactos, alteraciones, disfunciones, etc. Es un hecho sabido por todos que las profesiones que conllevan un cambio brusco de horario, con inversión de

sueño-vigilia, comportan un mayor riesgo de enfermedades. Esto se ha aceptado internacionalmente, hasta el punto de que esas personas reciben un incentivo económico, en función del riesgo al que están expuestas. A peores riesgos se someten libremente los jóvenes de la "movida", pues además de alterar sus ritmos psicobiológicos (alimentario, de la dormición, circadiano, etc.), se exponen al consumo de sustancias que son por sí mismas patógenas (alcohol, marihuana, tabaco, etc.).

Observemos una segunda consecuencia. En estas personas hay una inhibición cortical visual muy grande, porque el ojo apenas si ve otra cosa en la oscuridad del "pub", que la trayectoria que, de forma intermitente, describe el rayo láser. Simultáneamente que en esta inhibición visual hay, sin embargo, una poderosa estimulación cortical auditiva, ya que el oído está sometido a estímulos sonoros muy potentes (música de "rock" duro a toda potencia). En consecuencia, el balance estimular modalidad visual/modalidad auditiva está descompensado.

Si a cualquier persona adulta del experimento anterior la conectamos a una fuente de sonido cuya intensidad en decibelios sea muy alta, durante ocho horas seguidas y evaluamos su registro cerebral -a través, por ejemplo, de los potenciales cerebrales evocados, especialmente la onda P300-, observaremos que en el funcionalismo de las sinergías corticales se producen verdaderas alteraciones.

Esto es lo mismo que les ocurre a los jóvenes de la "movida" durante cada noche. Si a ello se añade el hecho de que muchos de ellos se acuestan con la radio encendida a todo volumen -porque según dicen, de lo contrario no se duermen- y, por la mañana, se levantan con el sonido de la radio que está conectado con el despertador -porque de lo contrario, según dicen, no se levantarían- y salen a la calle y continúan con los cascos puestos y cogen el coche, y...

Son personas que de continuo están sometidas a una intensa fuente estimular de tipo auditivo que, lógicamente estimula su cerebro, independientemente de que se percaten o no de ello. Esa estimulación continua genera un estado de irritabilidad cerebral, que es mucho más manifiesto en cuanto que se dejen de oír esos sonidos o se deprive la corteza auditiva de la correspondiente estimulación sonora.

Nada tiene de particular que, a causa de esto, los jóvenes de la "movida" se angustien si, en la soledad de la montaña, se les invita a oír el silencio. Son jóvenes que jamás han oído el silencio.

Pero cualquier montañero sabe que el silencio se oye. No hace falta tener

mucha imaginación. Basta con que ustedes vayan a la montaña y, a poco de brisa que haya, notarán un murmullo en el aire límpido de las alturas.

Y si hay allí arbolado percibirán como se cimbrean las ramas de los pinos, movimientos que producen un sonido característico. Y tal vez entre sonido y sonido se intercale el pjar de algún pajarillo que por allí ande suelto y que también se oye.

Y de repente, dejan de oír todo lo anterior, pero continúan oyendo: es el silencio, que al fin se ha hecho presente, aunque tal vez con demasiada brevedad, pues, inmediatamente después -porque el silencio no es el vacío-, acaso suceda que el tañido de la esquila de algún cencerro de alguna vaca, en la larga distancia, nos deje oír su son sustituyendo, enmascarando y extinguiendo el prístino sonido del silencio.

No les he dibujado un paisaje auditivo bucólico. No; les he descrito lo que es el silencio, que no es el vacío. El silencio es lo que están incapacitados para oír los jóvenes de la "movida", por eso, en su lugar, lo que perciben en esas circunstancias de alta montaña es el vacío. También por eso se irritan tanto, porque al privarles de la estimulación sonora a que estaban acostumbrados, la experiencia auditiva del silencio se muda en experiencia de vacío, en un no oír nada que resulta insufrible e insoportable para su corteza cerebral auditiva atiborrada de estimulación como estaba.

Pero hay más consecuencias que éstas. Analicemos a grandes rasgos un día veraniego cualquiera en la vida de un joven de la "movida". Supongamos que es el mes de agosto y, sin embargo, la piel de este joven está blanca como la leche, porque levantándose a las tres de la tarde no se puede hacer "bronce", entre otras buenas razones porque casi ni ve la luz solar. Ya una vez levantado y sudoroso como está, malcome porque no ha hecho ejercicio, y en consecuencia, no tiene ningún apetito. Por otra parte, siente un gran malestar de cabeza, debido a la "resaca" de la noche anterior. Apenas finaliza su frugal almuerzo conecta la televisión, cuyos programas tanto le aburren.

Ante el nuevo malestar se refugia en el "zaping", pasando de un canal a otro con apenas hacer "clic" en el mando a distancia, embruteciéndose al considerar que está controlando nada menos que cinco programas distintos, cuando en verdad ninguno de ellos ve y él mismo es controlado por esa posibilidad de pasar de uno a otro, sin enterarse de lo que sucede en ninguno de ellos. Como consecuencia de este activismo sobreviene el cansancio y un cierto sopor, por lo que este joven se queda amodorrado.

Son las seis de la tarde, cuando nuestro protagonista se ducha y merienda algo, porque ahora ya empieza a sentir un poco de hambre. Tal vez

ojea alguna revista y quizá se ponga los cascos para ir entrenando su cerebro frente a los ruidos clamorosos que se le prometen para esa noche. A las ocho y media o las nueve, comienza a prepararse para su nueva incursión en el mundo de la "movida". Para ello abre la nevera y devora lo que se le antoja porque, claro, ya se sabe, todo está permitido y en aquella casa no hay un menú claro a esas horas, y todavía no son las diez de la noche cuando ya está saliendo de su casa al encuentro de los empujones que, durante la larga y joven noche que le espera, le trasladarán donde, de ser consultado, acaso no quisiera ir. Apenas sean las once, saldrá corriendo y otra vez vuelta a empezar.

¿Tiene algún riesgo psicopatológico un programa de vida tan tedioso como el que aquí se ha descrito? A esta pregunta hay que contestar que sí, que un programa así diseñado comporta demasiado riesgo psicopatológico para quien elige ese estilo de vida.

Porque tal estilo de vida condiciona entre otras cosas, lo que sigue:

- Inversión del ritmo sueño-vigilia.
- Ayuno voluntario cada mañana, puesto que no desayuna por estar dormido.
- Ausencia de ejercicios al aire libre y de la práctica de cualquier deporte.
- Incremento de las probabilidades de incurrir en el consumo de drogas por un mayor tiempo de exposición a ellas en contextos donde es habitual su consumo.
- Y aumento de las probabilidades de contraer alguna enfermedad por contagio sexual, como consecuencia del fácil y frecuente consumo de sexo en el contexto de la "movida".

¡He aquí lo mucho que se puede hacer en una noche, a los dieciocho años...! Los chicos y chicas de la "movida" son jóvenes normales como sus compañeros, pero se diferencian de ellos además de por lo ya señalado, por la incomunicación radical en que se encuentran. Y es que con tantos decibelios en el ambiente, uno no acierta a decir nada de sí mismo, ni a oír nada del otro. Y si no se comunica nada con el otro, tampoco se comparte nada con él y, por tanto, no puede darse ningún compromiso entre ellos.

Y sin ninguna vinculación entre ellos, nadie puede salir enriquecido de esa relación, sino más bien empobrecido, aislado y más solitario que se entró en ella, a pesar de que se haya podido libar algún que otro bocado hedónico, tras la larga noche de estúpida vigilia.

Pero todo esto tiene un coste, un precio que hay que pagar y una

renuncia que hay que hacer. ¿A qué ha renunciado el joven de la "movida"? Ha renunciado a todo lo que prácticamente no sea la "movida", es decir, a casi todo. A cambio de la "movida" se le exige que no haga deporte, que no lea ningún libro, que no aprenda ningún idioma, que no realice ningún viaje, que no conozca ningún otro lugar, en definitiva: que renuncie a todos esos planes estupendos con los que uno se lo pasa tan bien.

¡Ciertamente, el joven que está en la "movida", se mueve menos que ningún otro! El joven de la "movida" no viaja al extranjero, no conoce el mundo, no satisface su espíritu de aventura, no lee, no escribe, no disfruta en esa difícil e insustituible función de elegir cada día. No, no parece que compense el precio que hay que pagar por estar en una "movida" paradójica, que ni se mueve ni conduce a ningún lugar donde uno quiera ir.

Pues todo eso es lo que centenares de jóvenes hacen en el verano, muy probablemente porque nadie les ha orientado. Y justamente a una edad en que por los escasos años que tienen los efectos psicopatológicos de la "movida" son aún más graves y nocivos.

Después de estos profundos cambios psicológicos, motivacionales, electroencefalográficos y comportamentales que suponen un cierto riesgo psicopatológico, nada de particular tiene que a los jóvenes de la "movida" les cueste tanto adaptarse al nuevo horario escolar o académico cuando apenas llegan al quince de septiembre. En efecto, al día siguiente de iniciado el curso, tienen que levantarse a las siete menos cuarto de la mañana -justo una hora y cuarto antes del momento en que antes se acostaban- para ir al colegio o instituto, de donde no regresarán hasta las seis y media de la tarde -justo el momento en que durante todo el verano comenzaban a prepararse para irse de "movida".

Apenas dos horas después, cena y a la cama, para continuar el día siguiente con el mismo horario. Algunos completan este apretado horario -prácticamente idéntico al de un "yuppi" que practique el pluriempleo- con el aprendizaje de un poco de kárate los lunes y jueves -para prepararse así a ser un poco más competitivo y disponer de estrategias eficaces para la autodefensa personal- y de inglés, los miércoles y viernes -como exigencia de la Comunidad Económica Europea de la que forma parte- y tal vez, los sábados acuda a una clase de psicomotricidad para acabar de superar la dislexia que padeció cuando era pequeño.

¿Creen ustedes que se puede cambiar de un modelo a otro, de un día para otro, sólo porque ya hemos llegado al quince de septiembre? ¿Consideran que tales cambios no constituye un poderoso esfuerzo adaptativo, que también tiene su coste? ¿Puede uno extrañarse si tras los cambios y modificacio-

nes que se producen en el estilo de vida descrito, se resiente el rendimiento académico de estos jóvenes? ¿Puede tener alguna relación la "movida" y el fracaso escolar, cuya tasa afecta al 42% de nuestra población escolar, según las estimaciones realizadas por el Ministerio de Educación y Ciencia?

¿Quieren ustedes que hagamos idéntico experimento con los adultos y que estudiemos qué consecuencias sociales, laborales, conyugales, familiares y psicopatológicas se derivan? ¿Consideran ustedes que no bajaría la tasa del consumo de drogas si no hubiera ninguna "movida" pública, más allá de la una de la mañana? ¿Creen ustedes que si se prohibiera o no se concedieran tantas licencias para abrir pubs, "chiringuitos", etc., habría hoy tanto consumo de drogas? Y si somos un país europeo, ¿cómo es que somos el único país de toda la Comunidad Europea en que durante toda la noche y hasta las ocho de la mañana están todavía abiertos muchos de los innumerables pubs existentes? ¿Podemos por ello afirmar que los demás están equivocados o que son menos libres y demócratas que nosotros o que tal vez los jóvenes españoles están más adelantados que los de Frankfurt, Amsterdam, Londres, Roma o París?

Son estas preguntas que todos debiéramos hacernos porque en esto de la "movida" casi todos estamos implicados, es decir, que todos somos responsables de este fenómeno social. Aunque de distinta forma y en diferente grado, en cierta medida todos somos responsables de ello: los jóvenes que la frecuentan y los padres que los autorizan y les imitan; los profesores que nada enseñan acerca de ella y las autoridades del Gobierno que conceden todas esas licencias para tantos locales de diversión; los periodistas que animan y ponen de moda este peculiar estilo de vida y los narcotraficantes que están detrás del consumo de drogas, alcohol y sexo..., pero también cualquier adulto de mediana edad que con su conducta y su ejemplo personal incita a los más jóvenes a que hagan lo que no deben.

- TRES DEFINICIONES DE UNIVERSITARIO

En mi opinión, tener estilo universitario y frecuentar habitualmente la "movida" no es posible, pues ambas cosas son incompatibles. Algunos que ya me han oído otras veces hablar de estos temas, más tarde se me han acercado, en mitad de un pasillo, para hacerme la siguiente pregunta: ¿Y para usted en qué consiste eso de tener estilo universitario? ¿Qué es para usted eso de ser universitario?

Explicaré tres posibles definiciones de lo que para mí representa el espíritu universitario. En primer lugar, para mí un universitario es un señor

o señorita que sabe leer, escribir y hablar. Probablemente a muchos de ustedes les parezca muy poco -acaso porque ustedes sean más exigentes que yo, aunque no creo que eso sea cierto, pero para mí esto inicialmente es suficiente.

Me conformo con esto: leer, escribir y hablar. Si un estudiante universitario no es capaz de hablar delante de veinte personas, pues muy a duras penas puede llegar a ser considerado como universitario. Y nuestros universitarios tienen hoy miedo a hablar en público, delante de más de cinco personas. Tienen miedo porque no saben hacerlo. Y no lo saben porque los profesores no se lo hemos enseñado. Con estas condiciones no se puede ser universitario.

¿Quién no ha tenido que hablar alguna vez en público ante la comunidad de vecinos para decir que el portero no enciende la calefacción a la hora que debe hacerlo o cualquier otra cosa parecida? Y ¡allí había más de veinte personas y todas ellas conocidas y vecinas! Y ustedes lo hicieron y lo hicieron muy bien, a pesar tal vez de no ser universitarios. Pues bien, si eso no lo sabe hacer un universitario, entonces es que no es tal. Y lo mismo puede decirse respecto de la escritura y de la lectura.

Y si estas habilidades mínimas no se aprenden durante el curso académico ni durante el verano, a causa de la "movida", entonces habrá que concluir que el estilo universitario resulta incompatible con la "movida". Por consiguiente, muy difícilmente puede ser universitario alguien que se dedica durante el verano únicamente a la "movida".

Entiendo por universitario, en segundo lugar, a aquel caballero o señorita que, sin caer en el hipercriticismo ni en el acriticismo, tiene el suficiente espíritu crítico como para tratar de juzgar, a través de su racionalidad bien formada, lo que acontece en el mundo. Los universitarios adolecen del necesario espíritu crítico, cuando repiten lo que otros han dicho sin haberlo antes pensado o cuando hacen de "altavoces" a expresiones cuyo significado ignoran o, más sencillamente, cuando no se atreven a pensar por cuenta propia. Si los jóvenes son "ovejas" que no hacen otra cosa que repetir lo que oyen entonces no debieran ser considerados como universitarios.

Entiendo, en tercer lugar, por universitario a aquel caballero o señorita que al menos lee cuatro libros al mes, con cierto provecho. Naturalmente, no hablo aquí de libros voluminosos; me conformo con que sean libros de bolsillo. Un libro de bolsillo se tarde en leer -sin ningún procedimiento de lectura rápida, sino palabra a palabra y línea a línea, es decir, enterándose de lo que uno lee- entre cuatro y cinco horas. Cuatro o cinco horas constituyen un período de tiempo equivalente al que se emplea en observar dos películas en la televisión. Cualquier universitario que se precie ve a la semana más de ocho películas en la televisión.

La observación de ocho películas en la televisión -más el tiempo de los spots publicitarios- dan para leer, aproximadamente, más de tres libros de bolsillo por semana. Según los cálculos anteriores, el tiempo empleado en estos programas de televisión permitiría la lectura de doce libros por mes y ciento cuarenta y cuatro por año. Y con toda esa lectura un universitario sería bastante más culto de lo que ahora es, además de que sabría comenzar a pensar por cuenta propia, además de mejorar otras habilidades como las de escribir y hablar.

Si a algunos no les satisface ninguno de estos argumentos, esta noche, al llegar a casa, cuenten los libros de bolsillo que hay en la biblioteca de sus hijos y llegarán a la conclusión bien fundada de si su hijo es universitario o no.

Como en la "movida" no se lee, ni se piensa, ni se habla, ni se escribe, forzoso es que concluyamos que tal actividad se sitúa, con todo derecho, en el extremo antitético de lo que es el estilo universitario.

- LA "MOVIDA" EN EL HORIZONTE DEL FIN DEL SIGLO XX

¿Cuál es el futuro de la "movida" en los diez últimos años de nuestro siglo XX? Este futuro, en tanto que todavía no es, resulta muy difícil descifrarlo y más por quienes, como yo, ni somos profetas ni hijos de profetas. En mi aventurada opinión, considero que el futuro es, en parte, empobrecedor y, en parte, halagüeño.

Empobrecedor porque se ve que, hoy por hoy, no hay ningún movimiento capaz de frenar la "movida" y, por lo tanto, ésta seguirá adelante, aunque sólo sea por inercia. Y no hay nadie que la detenga, porque las personas que tenemos cierta edad estamos a favor de la "movida", no racionalmente, pero sí con nuestro comportamiento.

Estamos sosteniendo y perpetuando algo que, probablemente, desde el punto de vista intelectual no somos solidariamente favorables a ello. Sin embargo, desde el punto de vista comportamental, sí que estamos dando ese ejemplo, ese testimonio, día a día, de exactamente lo que no se debe hacer. Desde este punto de vista, considero que puede resultar muy empobrecedora la última década de nuestro siglo.

Desde otro horizonte, desde otra perspectiva, desde un sector minoritario que también está presente en la juventud actual, creo que el futuro es muy halagüeño. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: Porque hay jóvenes que no pasan de pasar -frente a los que pasan de todo, sin haber ido nunca a ningún

lugar-, es decir, que no pasan de nada y por tanto una vez que ya conocen lo que es la "movida" han optado por descalificarla y negarse a frecuentarla antes, ahora y después.

Cuando realicé el estudio de campo de que antes les hablaba, supuse que los jóvenes de la "movida" se lo pasaban muy bien en ella y que los que no la frecuentaban eran unos aburridos. Pero tal hipótesis mía no pudo ser verificada; tal suposición sufrió un tremendo revés en mi estudio de campo, ya que pude comprobar exactamente la hipótesis contraria.

Con este fin, pregunté e indagué en la vida de muchos jóvenes, tanto en el ámbito propio de la "movida" como en otros contextos.

Transcribo a continuación la entrevista sostenida, por ejemplo, con una quinceañera, a las dos de la mañana de una noche de agosto, en la Hípica de Madrid. Adelantaré aquí un sólo dato espeluznante: En esa noche, el 70% de las personas que frecuentaban aquel lugar -según el cómputo realizado por mí y mis colaboradores, en un muestreo al azar- tenía más de cuarenta y cinco años de edad. ¿No les parece a ustedes que éste es ya un dato relevante?

Transcribo a continuación la conversación que mantuve con esa quinceañera de la "movida" madrileña:

- ¿Tú vienes aquí todas las noches?

- Hombre, todas las noches no me las paso aquí, pero muy a menudo mis amigos y yo nos dejamos caer por aquí un ratito.

- Oye, pero... ¿tú te lo pasas bien y tal..., en este ambiente?

- Humm... humm...

- Eso significa que me dices un sí que no es un sí, es un humm... pero, la verdad, es que te aburres de vez en cuando... ¿no?

- Pues sí, me aburro de vez en cuando.

- Y... pero, ¿por qué te aburres?

- Porque todo es siempre la misma tontería. Todo el mundo dice las mismas tonterías. A fulanito le he oído el mismo chiste ya ochenta veces este verano. Y esto es lo mismo: ji, ji, jo, jo, jo, ja, ja, ji..., sin que nadie llegue a pasárselo del todo bien.

(La quinceañera me saluda con su mejor sonrisa estereotipada, algo así como la sonrisa de las azafatas cuando saludan por las mañanas temprano, en la escalerilla del avión. "¡Buenos días! ¡Buenos días!", sólo que de peor factura y un poco más auténtica, como corresponde en quien teniendo sólo quince

años no ha realizado todavía ningún cursillo de entrenamiento para aprender este gesto).

A otro chaval, de la misma pandilla, allí en un aparte, empecé a sonsacarle de si se divertía, si lo pasaba bien, si sentía las "vibraciones" en el movimiento aquel de la "movida" en que participaba. Aprendí de él una cosa que no olvidaré nunca y que no me importa exponerla aquí.

Mi joven y reciente amigo de aquella noche me hizo reparar en una cosa muy interesante, desde el punto de vista cultural y psicológico. Ustedes saben que los gestos, la llamada comunicación no verbal, sirve también para comunicarnos. Por ejemplo, uno está hablando y hay personas que asienten, y ese gesto le anima a uno a seguir hablando. La persona que gesticula así, ciertamente no está hablando pero sí expresando ciertos contenidos que a uno le animan.

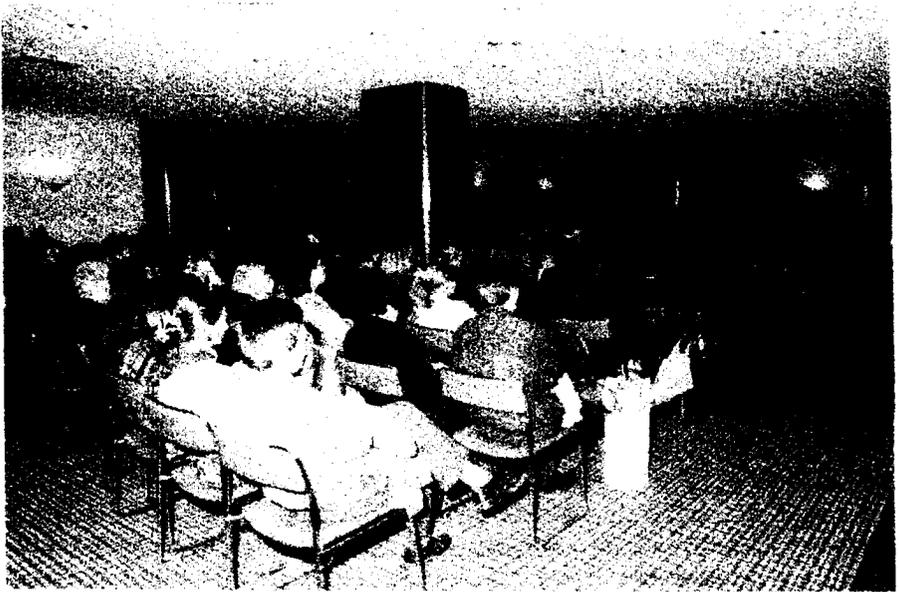
La comunicación gestual es muy importante. Por eso aquel chico altísimo de quince años, me hizo conocer una cosa muy interesante. Ustedes saben que los gestos de las mujeres y de los hombres no suelen ser idénticos. Nos diferenciamos bastante también en ellos. Por ejemplo, un gesto típico de señora -nunca lo he visto hacer a ningún hombre-, es tirarse de la falda porque se le ha puesto ya muy corta, aunque tal vez ella la ha diseñado así para que así suceda y, además tiene ya el entrenamiento suficiente como para realizar ese gesto con aprendida "naturalidad". Todo lo cual, según parece, resulta por otra parte muy femenino.

El quinceañero me mostró otro gesto en el que yo no había reparado. Es propio de las quinceañeras y muy distinto al que suelen realizar las señoras de treinta o cuarenta años.

Las señoras de esta última edad suelen mesarse el pelo o modificar su distribución en la cabellera, dándole a sus extremos distales un pequeño y brusco golpe con los dedos índice y corazón de su mano derecha o, más rotunda y llamativamente, haciendo en sentido contrario un pequeño giro de la columna cervical, por cuya virtud la melena recorre una travesía rápida de forma oscilante, que acaso resulte vistosa e interesante. Sólo así se produce este gesto; un gesto en cuya significación no acaban de ponerse de acuerdo los autores, pero que, sin embargo, gracias a él la mujer consigue un efecto cierto: llamar la atención de las personas que le rodean.

Es cierto también que ningún hombre suele hacer ese gesto. No he visto a ningún hombre haciéndolo. Y no creo que tal gesto dependa de la herencia genética que caracteriza a la mujer. Considero que la mujer está en su derecho al realizar ese gesto, que seguro ella ha adquirido a través de la imitación y del aprendizaje cultural.

Lo que me hizo observar mi amigo -algo que yo no sabía y despues he comprobado que es cierto- es que todas sus amigas quinceañeras de la "movida" hacían un mismo gesto. Consiste éste en llevarse las dos manos a la cabeza, apresar entre ellas un buen bloque de largo cabello y una vez bien sujeto, alzarlo y desplazarlo hacia el lado contrario, simultáneamente que se inicia una larga y brusca torsión de toda la columna vertebral hacia ese mismo lado, emitiéndose o no -esto es ya electivo- un pequeño gruñido, casi imperceptible para el público, con el que se rubrica y se da cuenta del esfuerzo realizado por la usuaria, quien parece darse a sí misma ánimo para seguir haciéndolo en lo sucesivo. Mientras me daba razón de estos gestos, hubo un momento en que mi interlocutor se enfadó mucho y me dijo:



"Yo estoy este verano hasta las narices ya de tanto "rollo"...; porque es que, además, todas hacen los mismos gestos. ¿Usted cree que se puede hablar con una chica que de vez en cuando hace eso, como si fuera una leona? Estoy ya de leonas hasta las narices".

Esto era todo lo que había aprendido mi amigo en la "movida". Y en verdad que era un magnífico observador. Pero ninguna investigación de campo le habría ocupado tantas horas con tan pocos frutos. Por eso, a pesar de

mi intento de atemperar sus críticas, en el fondo, compartía con él ciertas opiniones sobre este particular de la "movida".

Pero no todos los jóvenes son forofos consumidores de la "movida". Hay un amplio sector de la joven generación que pasa de la "movida", bien porque ha ido y no le ha satisfecho, o bien porque no ha ido y, además, no le da la real gana de ir ni ahora ni en el futuro.

Por otra parte, entre los muchos que no están hoy en la "movida", hay ciertos movimientos juveniles donde esto del movimiento es algo real y donde, según parece, esto del verano se ha organizado según otro sistema motivador.

A cualquier joven -esté o no en la movida- habría que preguntarle: ¿Dónde está la motivación por la que estás funcionando este verano? ¿Qué es lo que te motiva a comportarte de la forma en que lo haces?

Si lo hicieran descubrirían -lo mismo que yo- que algunos disponen de una motivación riquísima, magnánima, solidaria, radical, comprometida, en una palabra, ¡ge-ne-ro-sí-si-ma! Este mismo verano, por ejemplo, aprendí otra lección excelente. Me encontré con un grupo de chicos de 3º, COU y de la Universidad Complutense que en lugar de estar veraneando con sus padres en Alicante o Denia, donde estaban sus familias, se encontraban durante el mes de agosto en Zaragoza.

Por lo visto -pensé con una cierta ironía-, Zaragoza en el mes de agosto, tal vez tenga una temperatura deliciosa, lo que hace de ella un lugar turístico más atractivo que Denia o Alicante. Pero eso no era cierto. ¿Saben lo que hacían allí? ¿Saben a qué se dedicaba este grupo de estudiantes durante el mes de agosto? Turnándose, en turnos de ocho horas, se dedicaban a cuidar de personas de sesenta y cinco años, que sufrían de un proceso demencial. Y les cuidaban muy bien, en sus propias casas, tal vez mejor que los mismos hijos de estos ancianos.

El programa de aquella "movida" estaba animado de gran movimiento y se resume telegráficamente en las palabras que siguen: Zaragoza y no Denia/ en agosto/; turnos de ocho horas de trabajo diario/; ancianos mayores de sesenta y cinco años con demencia senil/; todo tipo de cuidados: aseo, higiénicos, sanitarios, alimentarios, entretenimiento y distracciones, etc.

(La demencia senil es un cuadro clínico muy grave e irreversible que quien lo padece acaba por no saber quien es, si está casado o soltero, si tiene hijos o no, si está en el Pirineo o en Túnez, si comió o no ayer). La mayoría de estos jóvenes no eran estudiantes de medicina, sino de derecho.

Y para mí que aquella sí que era una "movida" enriquecedora, una

verdadera fiesta, una de las "movidas" en que yo he participado que más me han movido por dentro.

Experiencias como la descrita demuestran que esto es lo que sucede, también hoy, con muchas de las "movidas" alternativas existentes. Lo que pasa es que cada uno tiene que encontrar cuál es la "movida" que le va, aquello que él elige. Si hay tantas "movidas" de éstas que he criticado aquí, de las que no mueves, es porque la gente joven tiene miedo a dos cosas: a pensar y a elegir.

Si un veinteañero no tuviera miedo ni a pensar ni a elegir, acabaría por encontrar la "movida" que realmente mueve al hombre -su movida personal- aquélla que hace del hombre un ser que se automueve a sí mismo, mientras mueve, solidariamente, a todos los otros hombres.